

# EXPLICACION

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA

DEL PADRE GARCIA MAZO,

APLICADA A LAS PREGUNTAS Y RESPUESTAS DEL

CATECISMO DEL PADRE RIPALDA.

### EXPLICACION.

Ser cristiano es la mayor dignidad del hombre: su felicidad toda se cifra en esta gracia, porque le hace hijo de Dios y heredero de su gloria. Pero esta dignidad incomparable, no la adquirimos por nuestros méritos, sino por los de nuestro Redentor Jesucristo, atendiendo á los cuales, Dios nos concede este favor inestimable.

Nosotros nacimos en pecado como los demas hombres, y por consiguiente, estábamos tan perdidos como ellos; pero el Señor, echando sobre nosotros una ojeada de misericordia, se compadeció de nuestra desgracia, y nos llamó á ser cristianos. Con este

# EXPLICACION

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA

DEL PADRE GARCIA MAZO,

APLICADA A LAS PREGUNTAS Y RESPUESTAS DEL

CATECISMO DEL PADRE RIPALDA.

### EXPLICACION.

Ser cristiano es la mayor dignidad del hombre: su felicidad toda se cifra en esta gracia, porque le hace hijo de Dios y heredero de su gloria. Pero esta dignidad incomparable, no la adquirimos por nuestros méritos, sino por los de nuestro Redentor Jesucristo, atendiendo á los cuales, Dios nos concede este favor inestimable.

Nosotros nacimos en pecado como los demas hombres, y por consiguiente, estábamos tan perdidos como ellos; pero el Señor, echando sobre nosotros una ojeada de misericordia, se compadeció de nuestra desgracia, y nos llamó á ser cristianos. Con este



nombre excelentísimo comenzaron á apellidarse los fieles en la ciudad de Antioquía, diez años despues de haber subido Jesucristo á los cielos.

P. *Qué quiere decir cristiano?*

R. *Hombre que tiene la fé de Cristo, que profesó en su santo bautismo.*

El cristiano es un discípulo de Jesucristo que profesa su fé y su doctrina y está ofrecido á servirle toda su vida; es un hombre, que sobre la pila del bautismo ha hecho las mas absolutas renunciaciones y las mas solemnes promesas: ha renunciado á Satanás y á todas sus obras, que son los pecados, y lo que induce á cometerlos: á todas sus pompas, esto es, á todo lo que fomenta el orgullo y la soberbia: ha prometido amar á Dios sobre todas las cosas, y á su prójimo como á sí mismo; guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y practicar las virtudes cristianas. Tales son las renunciaciones y las promesas hechas en el bautismo, las que conviene renovar con frecuencia, bajo alguna fórmula, que puede ser la siguiente:

RENOVACION DE LAS RENUNCIACIONES Y PROMESAS  
HECHAS EN EL BAUTISMO.

Yo, N, renuevo de todo mi corazon las renunciaciones y promesas hechas en mi bautismo. Renuncio á Satanás y á todas sus obras, y prometo resistir á todas sus tentaciones. Renuncio las pompas, vanidades y placeres del mundo, sus máximas y costumbres. Prometo vivir unido á mi Señor Jesucristo, creyendo y confesando su celestial doctrina. Prometo guardar

los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y practicar las virtudes cristianas. Finalmente, prometo vivir como hombre de Jesucristo, y espero cumplirlo, ayudado de la divina gracia. Amen.

P. *Quién es Cristo?*

R. *Dios y hombre verdadero.*

Cristo es la segunda persona de la Trinidad Beatísima, el Hijo Eterno del Eterno Padre, el resplandor de su gloria, y la imagen de su sustancia. Es la sabiduría increada, el primogénito antes de todas las criaturas, y antes de todos los siglos, y por quien han sido hechas todas las criaturas y todos los siglos. Es el Verbo Eterno, que en la plenitud de los tiempos encarnó por virtud del Espíritu Santo, y se hizo hombre para redimirnos.

P. *Cómo es Dios?*

R. *Porque es Hijo natural de Dios vivo.*

La segunda persona de la Santísima Trinidad procede de la primera por el entendimiento, y por eso es y se llama Hijo, y la primera Padre, porque le produce en semejanza de su naturaleza, y esta accion inmanente es, y se llama generacion eterna. Por consiguiente, siendo Hijo natural de Dios, es verdadero Dios como su Padre, consustancial á él, increado como él, eterno como él, inmenso como él, y en todo igual á él. Finalmente, uno con él, por la unidad de esencia que tiene con él y con el Espíritu Santo.

P. *Cómo es hombre Cristo nuestro Señor?*

R. *Porque es también Hijo de la Virgen María.*

Aquel mismo Hijo del Eterno Padre, que abeterno es engendrado de él, fué en el tiempo engendra-



do de la Virgen María en humana naturaleza, por obra del Espíritu Santo, quedando hecho verdadero hombre, sin dejar de ser verdadero Dios, y sin que se mezclasen ni confundiesen las naturalezas divina y humana, sino que se unieron hipostáticamente en la persona del Verbo. El Hijo de Dios, pues, se hizo verdadero hombre, y la Virgen María quedó hecha su verdadera Madre, pues le produjo en semejanza de su naturaleza.

P. *Por qué se llama Cristo?*

R. *Por la unción y plenitud de gracia que tiene sobre todos.*

Cristo, quiere decir unguido: esta unción santa se daba y da á los sacerdotes y á los reyes, para consagrarlos mas especialmente al servicio de Dios en sus altos ministerios, y denota la potestad sacerdotal y la potestad real. Jesucristo tiene una y otra en sumo grado, pues es el Rey Eterno de la gloria, y el Pontífice sumo de los bienes eternos, y ya por esto, como por ser cabeza de todos sus predestinados ángeles y hombres, se le debía esta unción santa; mas no de óleo, ni por mano de ángeles ó de hombres, sino de gracia santificante, y fluyéndole ésta de la divinidad misma, en el instante mismo de su concepción; de manera, que su humanidad quedó santificada y llena de gracia, ya por la gracia sustancial de la unción hipostática que lo hizo impecable y santo por naturaleza, y ya por la gracia santificante que en toda su plenitud vino á Cristo como á cabeza de todos sus santos.

P. *Este Cristo es el Mesías verdadero?*

R. *Sí, es el prometido en la ley y en los profetas.*

Desde el principio de los tiempos, cuando nuestro padre Adán desgraciadamente cayó en el pecado de desobediencia, con que dañó á todo su linage, prometió Dios á los hombres un Redentor, que los librase de la esclavitud del demonio y del pecado, y reparase con su gracia la humana naturaleza. Esta promesa solemne de todo un Dios, fué repetida con mas especialidad á Abraham, padre de los creyentes, anunciándosele, que de su descendencia naceria el Salvador, en quien habian de ser benditas todas las generaciones. Repitióse á Isaac, repitióse á Jacob y á toda su casa, esto es, al pueblo israelita nacido de los doce hijos de Jacob, que fueron los patriarcas de las doce tribus que lo formaron; y uniéndose á la promesa divina el anuncio de los profetas, fué prometido á la tribu de Judá, y dentro de ella á la familia de David. Mas como el cumplimiento de esta promesa convenia que fuese tan marcado, que los hombres no pudiesen dudar de él, lo dispuso Dios de manera, que en la ley y en los profetas se encontrasen pronosticados todos los caracteres que habia de tener el Redentor y Mesías de los hombres, para que por estos mismos caracteres fuese reconocido con tanta singularidad y tanta certidumbre, que no pudiese haber otro en quien concurriesen todas las señales que daban del Mesías la ley y los profetas. Así es, que abundaron de ellas la ley de Moises que toda era una figura de Jesucristo y de su Iglesia, y los libros sagrados de los profetas en que fueron anunciadas hasta las menores circunstancias de su vi-



da y de todos sus misterios. Todo lo cual se cumplió en la sagrada persona de Jesucristo. Llámase Mesías el Redentor, porque fué enviado por Dios, su Padre, para la redención del mundo.

P. *Cuáles fueron sus oficios mas principales?*

R. *Los de Salvador y Maestro.*

Los cargos de Jesucristo no fueron, como son muchas veces los de los hombres, títulos honoríficos solamente, vacíos de sustancia y de toda obra útil y provechosa; sino por el contrario, tan llenos, tan vitales y tan abundantes en obra práctica y de suma importancia, que de ellos depende y ha dependido siempre la redención de los hombres, la reparación de la naturaleza humana, la salud y vida del mundo, y la sabiduría celestial, difundida por toda la tierra. La obra magnífica de la redención é iluminación del mundo no pudo ser desempeñada por otro que por Jesucristo, Dios y hombre verdadero. La primera fué á costa de sus trabajos y padecimientos, y de portentos y maravillas tan inefables, cuales se contienen en sus divinos misterios.

La segunda fué á efecto de su predicacion pública y de su enseñanza privada, en que nos descubrió los misterios, arcanos y verdades que forman la religion revelada.

La primera produjo una satisfaccion infinita á la magestad de Dios, ofendida por los pecados de los hombres; una reparación verdadera de la humana naturaleza caída por la culpa, y mediante una y otra, un nuevo ser de gracia, nueva vida, mas apreciable libertad, y bienes mas abundantes y mas ricos que los que perdimos por el pecado de Adan.

La segunda produjo la luz de verdadera sabiduría que resplandece en la Iglesia católica y que disipa las tinieblas del error y de la idolatría. Tales fueron los oficios del Salvador y Maestro, que desempeñó Jesucristo; tales sus obras, tales sus resultados.

P. *Qué doctrina enseñó?*

R. *La doctrina cristiana.*

Forzosamente la doctrina de Cristo habia de ser doctrina cristiana, y la doctrina cristiana, doctrina de Cristo; pero esta respuesta se concibe en tales términos, porque de otro modo habria de ser muy difusa, ya fuese por la explicacion de lo que en sí misma contiene, ya fuese por la indicacion de los libros sagrados en que se contiene, y de la tradicion de la Iglesia. La doctrina de Cristo, tanto en lo referente al dogma como en lo que mira á la moral, es, y no otra, la que tiene y profesa la Iglesia católica, apostólica, romana, la que tomó de los sagrados Evangelios y otros libros canónicos del Nuevo Testamento, y de la tradicion, tan autorizada como la Escritura misma. Para reducirla á enseñanza por sus principios mas elementales, la divide en partes.

P. *Cuántas partes contiene la doctrina cristiana?*

R. *Cuatro principales.*

P. *Cuáles son?*

R. *El Credo, Mandamientos, Oraciones y Sacramentos.*

Como toda la suma de la vida del hombre sobre la tierra, se ha de referir á lo que debe creer, á lo que debe obrar, á lo que debe esperar y pedir, y á lo que debe recibir, se reparte la suma de la doctrina de



Cristo en el dogma que se contiene en el símbolo de la fé, en la moral que se encierra en los santos mandamientos, en la sustancia y modo de orar que nos enseñó Jesucristo y que usa la Iglesia, y en la doctrina de los sacramentos con que el hombre adquiere el ser de la gracia, lo aumenta y perfecciona.

P. *Cuál es la insignia y señal del cristiano?*

R. *La santa Cruz.*

P. *Por qué?*

R. *Porque es figura de Jesucristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

Las naciones, los reinos y los pueblos tienen sus señales que los distinguen, y que aparecen en sus pabellones y banderas, en las fachadas de sus edificios públicos, sobre sus torres, en sus monedas, en sus instrumentos jurídicos y oficiales. Los cristianos somos la Nación Santa, el Reino de Jesucristo, el Pueblo de su adquisición, y tenemos por distintivo la señal de la santa Cruz. Esta es la gloriosa divisa que desde el principio de la Iglesia tomaron los cristianos. Llevados de un amor entrañable á la santa Cruz, han multiplicado casi infinitamente su número. Desde luego, tomaron por modelo aquella Cruz adorable que sostuvo en el Calvario pendiente de sus brazos la víctima del mundo, y á su semejanza fabricaron multitud de cruces, no solamente de madera, como lo era aquella, sino tambien de otras materias mas duraderas, ó mas preciosas, esto es, de piedra, hierro, bronce, plata, oro, segun su piedad y facultades, y las colocaron en los templos, altares, casas, habitaciones y dormitorios; sobre las torres,

castillos, palacios y edificios mas elevados; y en las plazas, calles, caminos y sitios mas públicos. Toda clase de cristianos se adornaron con la Cruz, é hicieron un punto de honor y de religion llevarla consigo. Los Pontífices la pusieron sobre sus tiaras, los reyes sobre sus coronas, los obispos sobre su pecho, los militares pendiente de sus uniformes y vestidos, y las mugeres colgada de su cuello. El uso de la Cruz no se ha multiplicado menos. Los sacerdotes, los obispos y los Pontífices la usan de continuo en la administracion de los sacramentos, en el sacrificio de la misa y en la bendicion de todas las cosas sagradas; y el comun de todos los cristianos en signarse y santiguarse con ella.

Si el pueblo cristiano se hubiera dirigido por la prudencia humana, no habria tomado por distintivo la imágen de Jesucristo crucificado en el Calvario, sino la de Jesucristo glorificado en el Tabor. Pero este pueblo, que nació al pié de la Cruz, y que debia alimentarse de sus frutos, eligió, guiado de una prudencia divina, esta misma Cruz, que representándole á Jesucristo clavado en ella, le está predicando siempre el amor inmenso de un Dios que muere por salvarlo.

P. *Cómo usáis vos de ella?*

R. *Signándome y santiguándome.*

P. *Veamos cómo.*

R. *Por la señal de la santa Cruz, etc.*

El cristiano se signa haciendo tres cruces bien formadas, una sobre la frente, otra sobre la boca, y otra sobre el pecho, acompañando á ellas las palabras



correspondientes. Las cruces se han de hacer de alto á bajo, y de izquierda á derecha, con pausa y reverencia, porque representan á Jesucristo crucificado; y las palabras se han de decir con claridad y devoción, porque con ellas pedimos á Dios que nos libre de nuestros enemigos por la Cruz de Jesucristo su santísimo Hijo.

Nos signamos en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos, pues la frente viene á ser como la fachada del edificio racional, en cuyo centro reside nuestra alma como en su trono. En él forma una multitud casi infinita de pensamientos, muchos de los cuales, y quizá la mayor parte, son malos por nuestra malicia y corrupción, y nos inducen á la tentación que viene á incitarnos al pecado. ¿Qué haremos, pues, para defendernos de tan inminente peligro? Cubrirnos y defendernos con la señal de la Cruz, signándonos en la frente.

Nos signamos en la boca, porque nos libre Dios de las malas palabras, pues la lengua es un instrumento de cosas grandes, dice el apóstol Santiago, y así como la buena lengua produce grandes bienes, así la mala causa espantosos males. De la mala lengua, dice el mismo apóstol, que es un conjunto de iniquidad, un fuego infernal, un depósito de veneno que todo lo emponzoña, y un mar inquieto que á nadie deja en paz. ¿Qué haremos, pues, sino signarnos con la Cruz en la boca porque nos libre Dios de las malas palabras?

Nos signamos en el pecho, porque en su seno está el corazón, del cual nacen, como dijo Jesucristo,

los malos pensamientos, los homicidios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. . . . todas las cosas que manchan al hombre, haciéndole culpable; y para que Dios nos libre de ellas, nos signamos en el pecho, que es como la oficina donde el corazón las fragua.

Después de habernos signado, haciendo tres cruces sobre aquellas tres partes de nuestro cuerpo, en que el alma ejerce principalmente sus operaciones, y armado con ellas para defendernos del mundo, del demonio y de la carne, nos santiguamos, haciendo desde la frente hasta el pecho, y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, una cruz grande que las abraza á todas, invocando entre tanto á la Santísima Trinidad con estas palabras: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

A más de la invocación que contienen estas palabras, y que puede ser, ya para honrar á Dios, ya para pedirle su auxilio soberano, contienen una protesta formal de nuestra fé en Dios uno y trino, y por ella, de cuanto este mismo Dios nos ha revelado, y nos propone su Iglesia, nuestra madre. Por lo mismo debemos hacerlo con grande acatamiento y reverencia, y con deseo de que sea aceptá á nuestro Dios, bajo todos los sentidos que abraza.

*P. Cuándo es bien usar de la señal de la Cruz?*

*R. Siempre que comenzáremos alguna buena obra, ó nos viéremos en algun peligro, particularmente en sintiendo alguna tentación ó mal pensamiento.*

El cristiano debe andar armado siempre con la se-



ñal de la Cruz, porque camina siempre entre enemigos. El labrador, el artesano, el mercader, el letrado, todos debemos dar principio á nuestras ocupaciones con la señal de la Cruz, poniendo al frente de todas esta cristiana divisa; pero especialmente debemos usar de la señal de la Cruz, al levantarnos de la cama, para dar principio con ella á las obras del nuevo día; al salir de casa, para andar defendidos con ella entre los peligros del mundo; al entrar en la iglesia, para prepararnos con ella á los actos de religion; al comer, para que por ella nos conceda el Señor templanza en la comida y en la bebida; y al dormir, para descansar á la sombra de este prodigioso árbol, y pasar la noche bajo su celestial y saludable influjo.

P. *Por qué nos signamos tantas veces?*

R. *Porque en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos.*

Nuestros enemigos nunca duermen, nunca se cansan, nunca dejan de perseguirnos. Nos tiantan en todos tiempos y en todas partes; en el dia y en la noche, en la compañía y en la soledad, en casa y en la calle, y tal vez hasta en el templo, porque nada respetan. Para defendernos, pues, de estos continuos, empeñados é incansables enemigos, necesitamos usar tantas veces de la señal de la Cruz.

Estos enemigos son el demonio, el mundo y la carne. El primero es un ángel de la primera gerarquía, que habiéndose rebelado contra Dios en el cielo, fué arrojado de él y sepultado en el infierno con una multitud de ángeles que le acompañaron en su rebelion. Todos estos ángeles rebeldes que llamamos demo-

nios, presididos por aquel gran rebelde, son nuestros enemigos, y se comprenden en el primero de nuestra alma. *El segundo es el mundo;* pero no este globo que nos sostiene y esos cielos que nos cubren, sino los hombres mundanos que nos rodean. La sociedad se compone de hombres buenos y hombres malos: los primeros son los que guardan la ley de Dios; y los segundos los que la quebrantan y dan mal ejemplo. Esta segunda clase de hombres que escandalizan y provocan á pecar, son los que llamamos mundo, y este es el segundo enemigo del alma. *El tercero es la carne,* no precisamente la que llamamos cuerpo humano, sino las máximas y apetitos desordenados. Criado el hombre en el orden mas perfecto, perdió, por el pecado original, este maravilloso orden. Antes del pecado, el alma estaba gustosamente sumisa á Dios, el cuerpo sujeto al alma, la carne al espíritu, las pasiones á la razon, y los apetitos á la voluntad; pero en el momento que el hombre, pecando, se rebeló contra Dios, todo se rebeló contra el hombre. El cuerpo desconoció el dominio del alma, la carne resistió al espíritu, las pasiones á la razon, y los apetitos á la voluntad. Pues este cuerpo, esta carne rebelde, á la que llama San Pablo aguijon de Satanás; esta voluntad indócil, esta razon soberbia y falsa, esta imaginacion inquieta, estas pasiones desordenadas, estos apetitos antojadizos é impetuosos, forman el tercer enemigo del alma.

P. *Y la Cruz tiene virtud para librarnos de ellos?*

R. *Si tiene, por haberlos vencido Cristo nuestro Señor con su muerte en ella.*



Jesucristo venció en la Cruz al demonio, borrando con su preciosísima sangre aquella escritura de muerte que habia adquirido contra nosotros por el pecado; despojándole del tirano dominio que ejercia sobre todo el género humano, y triunfando de él públicamente en sí mismo, como dice San Pablo. Venció al mundo con el desprecio que hizo de sus riquezas, pompas y vanidades, acabando su vida santísima en una Cruz, despojado hasta de su misma túnica. Y en fin, venció á la carne muriendo en la Cruz, y ganándonos gracia y fuerzas para vencerle.

La muerte de Cruz fué en los tiempos antiguos, un suplicio de la mayor ignominia; pero despues que Jesucristo nuestro Redentor la regó con su sangre y murió clavado en ella, este objeto de la mayor ignominia pasó á ser el objeto de la mayor veneracion. Todo lo que el Hijo de Dios padeció en su vida mortal, vino á consumarse en la Cruz; y la Cruz, bajo este punto de vista, nos representa todo cuanto padeció el Hijo de Dios por nosotros. ¡Cuán amable nos debe ser este sagrado árbol que sostuvo pendiente de sus brazos el precio del mundo! Gloriémonos, cristianos, en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Abracemos, besemos todos los dias de nuestra vida, y muchas veces al día, esta Cruz adorable, que será aplicada á nuestros cárdenos labios en la hora de nuestra muerte. Hagámonos acreedores por nuestro entrañable amor á la Cruz, á que el soberano Juez, que espiró en ella, nos mire como hijos de su Cruz, nos juzgue como redimidos en su Cruz, y nos conceda por su santísima Cruz, la entrada en su eterna gloria. Amen.

*P. A qué está obligado el hombre primeramente?*

*R. A buscar el último fin para que fué criado.*

Nada hace Dios acaso ó sin un fin digno de su sabiduría. De la obra toda de la creacion, y de cuanto obró el Hijo de Dios sobre la tierra, no fué ni pudo ser otro el fin último, que su gloria, porque Dios á nadie debe nada, y todo se lo debe á sí mismo: la gloria y alabanza de su infinita bondad es solamente el fin digno de sus obras, ya sean del orden natural, ya sean del orden sobrenatural. Pero aunque esto es así con respecto al fin último, hay entre las cosas criadas ciertos fines inmediatos, que mas bien deben llamarse destinos de las criaturas en que sirven á los designios de la Providencia, al bienestar, servicio y obsequio del hombre, que es la primera y mas noble criatura que salió de las manos de Dios, y fué puesto como rey y señor de las demas. Sin embargo, el mismo hombre, por excelente que sea, no es mas que una criatura, y con todas las demas entra á servir á los designios de Dios, que todos se dirigen á su gloria y alabanza.

Para aclarar esta doctrina, es necesario distinguir y poner diferencia entre el hombre, que es criatura racional, y los demas seres materiales que no son capaces de prestar á Dios un servicio formal, porque les falta la racionalidad ó inteligencia, y la voluntad libre é iluminada; no teniendo todos ellos mas que el ser y existir, muchos de ellos el vivir, y otros muchos el vivir y sentir; pero ninguno el entender, que solo es propio del hombre y del ángel, del cual no hablamos aquí. No pudiendo, pues, las criaturas que



no son el hombre prestar á Dios un servicio inteligente, voluntario y libre, que es el que llamamos servicio formal, solo le prestan aquel de que son capaces, segun su naturaleza y propiedades, cumpliendo con las leyes de la misma naturaleza. Mas el hombre no cumple con solo esto, porque ha recibido de Dios la racionalidad, esto es, la inteligencia, la voluntad y libre albedrío, con que puede y debe prestar á Dios el servicio formal de que lo ha hecho capaz, y que es el medio por el cual debe dirigirse á su último fin, que es Dios mismo. Luego obligado está á buscar el último fin para que fué criado.

P. *Para qué fin fué criado el hombre?*

R. *Para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.*

Criado el hombre á imágen y semejanza de Dios, en cuanto á el alma, pues se la dió con tres potencias, en cuyo ejercicio imita las generaciones eternas del Hijo y del Espíritu Santo; que consiste en acto y es toda espiritual, y que goza del libre albedrío para renunciar á lo malo y elegir lo bueno voluntariamente, aunque mediante la mocion de la gracia, ¿quién no vé que el servicio que debe prestar á Dios esta criatura tan noble, tan superior á las demas, tan privilegiada, tan perfecta, debe ser un servicio digno de Dios, y en que se empleen todas las potencias, fuerzas y facultades que de su Magestad ha recibido, y tambien las del cuerpo que se le dió en union íntima para que con ella formase un ser compuesto destinado al servicio de Dios?

En efecto, no nos dice otra cosa el gran manda-

miento que Dios le impuso: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y en toda tu alma, y en toda tu mente, y de todas tus fuerzas." Este amor en una criatura inteligente, pide conocimiento de Dios, porque los actos de la voluntad y los afectos que ésta mueve en el corazon, no han de ser ciegos, sino iluminados por el entendimiento, poseido del conocimiento de Dios; así como tampoco han de ser forzados ó producidos por una necesidad irresistible, ó de la naturaleza. Deben ser, pues, voluntarios, espontáneos, libres, para que sean meritorios y sirvan á la gloria y alabanza de Dios. Este conocimiento de Dios, Dios mismo se lo ha dado al hombre, primero, en menos grado, en la ley natural, luego en mayor, bajo la ley escrita, y finalmente, en grande abundancia y perfeccion, bajo la ley de gracia. Así es, que lo primero que se emplea en Dios es la inteligencia del hombre, conociéndolo; síguela la voluntad, amándolo; y como es propio del que ama explicar su amor en actos y obras que sean de su obsequio y servicio, impera tambien esta voluntad aquellos actos con que presta á Dios el servicio que le debe. Mas ¿cuál debe ser su empleo para que con ellos le preste este servicio? No otro que el de hacer la voluntad de Dios, obedeciendo sus divinos mandamientos, practicando las obras de supererogacion que conozca ser del agrado de Dios; ejercitando las virtudes con que procure caminar á su propia perfeccion, y conformándose en todo con la disposicion divina. Así es como el hombre debe amar y servir á Dios en esta vida, y este es el fin con que Dios le crió.



Mas como su Magestad quiso hacer la felicidad del hombre, que ésta la hallase en el mismo cumplir con su fin, y que fuese plena, perfecta, eterna, le da por premio de su amor y servicio la posesion de su mismo Dios en la gloria, por la vision intuitiva y el amor beatífico, mediante los cuales le goza eternamente. "Verémos á nuestro Dios como es, dice San Pablo; y en otra parte: "Abora le contemplamos como en enigma; mas despues le verémos cara á cara." "Yo, yo mismo seré tu recompensa grande por extremo, dice el Señor. Tal es el complemento del fin para que ha sido criado el hombre; tal la felicidad que se nos espera en la vida futura, si en la presente buscamos nuestro último fin.

P. *Con qué obras se sirve á Dios principalmente?*

R. *Con obras de fé, esperanza y caridad.*

Aquel Dios infinitamente benigno y misericordioso, que se digna llamar á sí al hombre para hacer su felicidad, usando del atributo soberano de su Providencia, le proporciona medios poderosos con que pueda ir á su Dios, venciendo la distancia infinita que hay del pecado á la gracia, y de la criatura al Criador. Como el fin para que le ha dado el ser es tan alto y de tanta importancia, y tan árdua la empresa de elevarse el hombre desde su propia miseria hasta su union con Dios, le ha provisto su Magestad de aquellos medios en las sublimes virtudes, fé, esperanza y caridad, que le infunde en el bautismo.

Estas grandes virtudes le comunican fuerzas, y le elevan para que pueda aspirar á la grandiosa empresa de su salvacion. Mas aunque estas virtudes son

infusas, deben ejercitarse con actos positivos, explicitos é implicitos en las buenas obras con que ha de procurar su salvacion, y mediante las cuales se la ha de conceder el Señor.

Fortalecido el hombre con la virtud de la fé, puede ya prestar á Dios y á los misterios y verdades que Su Magestad le ha revelado, una creencia muy superior á la creencia humana, porque aquella es de fé sobrenatural; una esperanza á sí mismo, y una caridad muy superiores á la esperanza humana y al amor natural, porque aquella esperanza es sobrenatural, y aquel amor de caridad divina con lo que se halla ya en aptitud de dirigirse á Dios, á quien estas virtudes tienen por objeto formal. Mas como acerca de cada una de estas virtudes hay un dogma que nos dá el conocimiento de ellas mismas, nos enseña su ejercicio y nos descubre el objeto en que deben versarse, es necesario para ir desenvolviendo esta doctrina, que vayamos interpolando las preguntas siguientes.

P. *Qué nos enseña la fé?*

R. *Que creamos en Dios como en infalible verdad.*

Dios es verdad eterna é infalible; eterna, porque no es realmente distinta de Dios, sino el mismo Dios; infalible, porque este mismo Dios que es verdad, es tambien sabiduría increada y bondad suma; por lo que, ni puede padecer error, ni engañarnos á nosotros. De ahí es, que estribando en este fundamento indestructible nuestra divina fé, nos enseña, que creamos en Dios, como en infalible verdad; lo que debe entenderse de dos modos; uno, que creamos en el mismo Dios que es verdad infalible; otro, que crea-



mos todo lo que nos ha revelado. Entre lo uno y lo otro hay diferencia, porque Dios es el objeto formal de la fé, y por eso decimos que creemos en Dios, esto es, en el mismo Dios que existe uno y trino con todas sus atributos y perfecciones soberanas; pero las verdades reveladas por Dios, son objeto secundario, acerca del cual se versa la fé, y por eso no decimos que creemos en ellas, sino que creemos las verdades que Dios nos ha revelado.

Estas verdades se contienen en las Sagradas Escrituras, y en las tradiciones divinas, y de este depósito sagrado es la Iglesia nuestra madre custodio, intérprete y maestra. Custodio, porque las guarda y vigila sobre su pureza é invariabilidad, para que no sean adulteradas por los hereges: intérprete, porque á ella toca la exposicion de los textos y lugares oscuros y misteriosos de la Escritura Santa, y la declaracion de la inteligencia que debemos dar á los misterios sagrados de nuestra religion; y maestra, porque ella enseña á sus hijos la misma santa doctrina que se contiene en la Escritura, proporcionándola á cada clase segun su capacidad é inteligencia: al pueblo humilde ó Iglesia discente en estas pequeñas sumas, y en las instrucciones catequísticas, que le dan sus pastores, los obispos y los párrocos; y á la gerarquía eclesiástica ó Iglesia docente, en la grande abundancia en que puede tomarla de la misma fuente de las Escrituras, de los sagrados Intérpretes y Santos Padres.

Pasemos adelante.

P. *Y la esperanza qué enseña?*

R. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.*

Aunque basta que contemplemos la suma bondad que tiene Dios en sí mismo, para que sea objeto de la caridad, no basta para que lo sea de la esperanza, sino que es menester que lo contemplemos, no solo bueno en sí mismo, sino bueno tambien para nosotros. De este modo le mira la esperanza como su objeto formal; mas no se llenarian todos sus números, si como le contempla bondadoso, no le contemplara omnipotente. Ser, pues, bueno para nosotros, y Todopoderoso, es lo que le hace ser en sí mismo el objeto formal de nuestra esperanza. Es verdad que nuestro Catecismo funda nuestra esperanza en la Omnipotencia divina, diciendo, que esperamos en Dios como en poder infinito; pero esto es, porque supone la bondad de Dios dispuesta ya á favorecernos empleando esa misma Omnipotencia que obra maravillas y portentos de gracia para arrancar á las almas de la muerte del pecado y restituir las á la vida sobrenatural, por medio de los Sacramentos de nuestra salud, y para hacerlas caminar á la perfeccion por medio de las virtudes, los dones y demas gracias que para ello nos comunica.

Esta abundancia de medios que Dios emplea en nuestra justificacion, le hacen ser ciertamente el autor de ella y de nuestra salvacion, por el don inestimable de la perseverancia final; pero ni uno ni otro se logra sin nuestra cooperacion, que es indispensable.

Esta misma abundancia de socorros espirituales, y la misericordia y la providencia de Dios, que nos rodea



de ellos, alientan nuestra esperanza; pero es necesario que ésta no se vicie y dé en el exceso de la presunción ó vana confianza, que es aquella esperanza perniciosa, á cuya sombra el hombre vive en el pecado, y no se cuida de poner los medios para su justificación ó para conservarse en estado de gracia y caridad. La verdadera y legítima esperanza es la que pone todos los medios que están en su arbitrio, y que al mismo tiempo se coloca y estriba en solo Dios, que es el que puede hacer útiles y fructuosos aquellos medios.

P. *Qué enseña la caridad?*

R. *Que le amemos sobre todo como á bien sumo.*

Si la esperanza contempla á Dios como bueno para nosotros, la caridad le mira como bueno en sí mismo. Así es, que la bondad divina en sí misma es el objeto formal de nuestra caridad, y por eso dice nuestro Catecismo, que la caridad nos enseña á amar á Dios como á bien sumo. Basta ser Dios quien es, para que debamos amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, y para que le amemos sobre todo, queriendo antes perder todas las cosas, que perder la amistad de nuestro Dios. Pero es menester que no nos alucinemos con un amor falso, cual es el de aquel que no deja de ofenderle, ni se cuida de poner los medios para su propia corrección. El verdadero amor consiste en obras y con ellas se acredita. Hijitos míos, dice San Juan Evangelista, no amemos con la palabra y la lengua, sino con la obra y la verdad. Y Jesucristo dice: el que me ama, hace la voluntad de mi Padre,

que está en los cielos. Si me amais, guardad mis mandamientos.

Un Dios, que es infinitamente bueno, en quien se hallan infinitas perfecciones, y cada una de ellas infinitamente infinita, no puede dejar de ser amado de sus criaturas, y solo el estado de viadores en que no le vemos, y la venda que pone en nuestros ojos el pecado, puede hacer que no le amemos. No así los bienaventurados, que, careciendo de todo pecado y viendo á Dios como es, de tal modo le aman, que no pueden dejar de amarle.

Para que el amor de caridad sea verdadero y perfecto, es menester que se sobreponga á todo interés humano y á todo amor desordenado de criaturas, por un desprendimiento universal de todas ellas, no precisamente real ó material, sino del corazón, hasta quedar en una completa indiferencia respecto de las criaturas, para solo usar de aquellas que nos lleven á Dios, y no de las que nos aparten de su amor y servicio. No buscando, pues, en las criaturas mas que la bondad de medio que tengan para llevarnos á Dios, nada habrá que deforme ni desvirtue nuestra caridad, y ésta nos adquirirá grandes merecimientos, ya porque sin ver á Dios le amemos, y ya porque renunciemos en su obsequio al amor de las criaturas que vemos y de que estamos rodeados.

De este merecer por el amor de caridad, carecen los bienaventurados; pues aunque en la patria celestial subsiste y se perfecciona la caridad, ya no merecè con ella el bienaventurado, porque el amor con que ama á Dios ya le es necesario, no como lo es en



Dios, á quien es esencial, sino porque no es dable ver á Dios, y no amarle.

P. *Cómo sabrémos bien creer?*

R. *Entendiendo bien el Credo y los Artículos de la fé.*

Obsequio racional llama San Pablo al de nuestra fé. Este siempre lo es, porque nada hay mas conforme á razon, que creer lo que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos propone; pero sin abandonar este esencialísimo y verdaderamente único fundamento de nuestra fé, de su conformidad con la razon podemos tambien entender esta racionalidad, de la que descubre nuestro entendimiento en los objetos de la fé, cuando profundiza en su conocimiento; pues mientras mas medita las verdades eternas y los misterios de nuestra religion, mas descubre y se penetra de su verdad y de su realidad, hallándolo todo tan digno de Dios, tan bien establecido por su poder soberano, tan bien ordenado por su sabiduría, tan bien encadenado por su amor, que no puede dejar de rendir todo su entendimiento y toda su razon á la verdad eterna y divina sabiduría que en ellos resplandece. Por eso nuestro autor quiere que entendamos bien el Credo y los Artículos de la fé, para saber bien creer.

P. *Cómo sabrémos esperar y pedir?*

R. *Entendiendo bien el Padre nuestro.*

Las peticiones sublimes que contiene esta oracion dictada por el mismo Jesucristo nuestro Señor, realmente nos enseñan lo que debemos pedir, y cierran la puerta á toda otra peticion desordenada en el objeto y en el modo; y como al mismo tiempo nos ha-

cen conocer que Dios es nuestro Padre, que los bienes que tiene, para nosotros los tiene, y que está muy dispuesto á favorecernos y beneficiarnos, no solo nos enseñan á pedir, sino tambien á esperar de Dios todo nuestro remedio y bienestar.

P. *Cómo sabrémos obrar?*

R. *Entendiendo bien los mandamientos que hemos de guardar, y los santos sacramentos que hemos de recibir.*

No pueden ser aceptas á Dios nuestras obras, si no son arregladas á sus divinos mandamientos; pues las que se desordenan de ellos, ofenden á la Magestad divina, que dió á los hombres sus santos mandamientos. Así es, que sin saber ni entender éstos, no podrémos obrar bien y rectamente. El cristiano, que tiene la dicha de estar en el gremio de la Iglesia, y que por ello tiene derecho á recibir sus santos sacramentos, se halla tambien en la necesidad y obligacion de saber cuáles sean éstos, cuáles los efectos que obran, cuáles las disposiciones que requieren en el sugeto; en fin, todo lo concerniente á su debida, digna y fructuosa recepción; pues estando obligado á recibirlos debidamente, nunca podrá hacerlo sin saber lo que la Iglesia enseña acerca de ellos.

P. *Luego obligados estamos á saber y entender todo esto?*

R. *Sí estamos, porque no lo podemos cumplir sin entenderlo.*

Nada será demasiado para inculcarnos la necesidad que tenemos de saber y entender la doctrina cristiana; pues somos hijos de una Iglesia, y profesamos



una religion en que la perfeccion de la moral y el complemento de la ciencia, forman el carácter peculiar que distingue al cristiano. Es verdad que esta perfeccion es respectiva al estado de cada individuo, y que no todos los estados tienen en la Iglesia la perfeccion absoluta, sino solo el que imita la evangélica, como el monacal; pero fuera de que cada estado tiene su perfeccion respectiva, que no puede alcanzarse sin saber y entender la doctrina cristiana, Dios es muy árbitro para llamar á qualquiera hombre de cualesquiera estado, á la perfeccion absoluta, ya sea por la vida activa, ó ya por la contemplativa, como vemos que lo ha hecho con los santos de todos estados y condiciones que han resplandecido en la Iglesia, y no cabe duda en que el cristiano debe estar dispuesto siempre á oír y seguir la vocacion de su Dios y su Señor. Tal disposicion no puede adquirirse sin saber y entender la doctrina cristiana, que es la que nutre la fé y forma las costumbres: luego obligados estamos á saberla y á entenderla, porque sin ello no podemos cumplirla.

PRIMERA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA.—  
DECLARACION DEL CREDO.

P. Decid el credo.

R. Creo en Dios Padre, &c.

P. Quién compuso el credo?

R. Los apóstoles.

El credo es una recopilacion ó sumario de los principales artículos de la fé. Se llama simbolo de los

apóstoles, porque estos primeros predicadores de la fé, antes de separarse unos de otros para ir á anunciarla por todo el mundo, formaron este compendio, para que no discrepase ni aun en las palabras y expresiones, la doctrina de la fé, que debian ir recibiendo todos los pueblos de la tierra. Así es, que los mismos santos apóstoles fueron los que recopilaron los principales artículos de nuestra fé que les enseñó Jesucristo, y formaron de ellos el credo.

P. Para qué?

R. Para informarnos en la fé.

Nada mas á propósito que este divino compendio para informar al cristiano en la fé. El es sencillo, dice San Agustin, para proporcionarse á la rudeza de los ignorantes; es corto para facilitar su memoria, y es perfecto, para instruir plenamente. La fé compendiada en él, jamas se ha variado, aumentado ni disminuido. La Iglesia en sus concilios no ha hecho otra cosa que aclarar algunas verdades contenidas en él, y consagrar algunas palabras determinadas para defender el dogma católico de las heregias que se presentaban. El credo ha sido, es y será hasta la consumacion de los siglos la suma de nuestra fé. De aquí se sigue, que todo cristiano está obligado á saberlo, y con tanta exactitud, que ni una sola palabra añadida, quite ó varíe, porque todo es esencial en él. Ni basta que lo aprenda bien de memoria; debe tambien aplicarse á conocer las verdades que contiene, á lo menos de modo que pueda distinguir las del error. Sin esto, el credo seria para él un libro el mas hermoso, pero cerrado y sellado. El credo es